

Esto se llama Alberto

*Qui dira que la mort interrompt ce que j'aime?
Deja la blé fauché d'hier, on le ressème.*

Francis JAMMES.

1

Aquí, para mí —ojalá para ti—, tiene toda la luz que él había ido poniendo a su nombre y la transfiguración con que ese nombre encarnó en un hombre: un hombre que vi en su vida antes de verlo con los ojos, a cuya vida acerqué mi vida después, y al que sigo viéndolo, como lo vi en la vida ahora.

Esto se llama ALBERTO.

Ya este nombre es sólo suyo. Ahora más suyo, más suyo que nunca, más suyo que cuando respondía a él una cosa levemente corporal, que, al oírlo, como despertándose, venía al nombre mismo siempre de lejos, como si viniese desde él mismo —desde su nombre que era él mismo—, desde éste que anoche vi, que ahora veo y que no necesita ya ni esa cosa levemente corporal para respondernos; para respondernos desde ese Alberto que tiene su nombre más que nunca suyo, que él es su nombre —un hombre—.

Así esto se llama ALBERTO. Sólo Alberto que recoge mis recuerdos —presencia viva—, no los suyos, desde aquel momento —para él eternidad— en que él está, todo en la vida, hasta este momento mío en que, como anoche lo vi, como lo estoy viendo ahora, como todos lo hemos de ver...

...esto se llama Alberto.

2

Tal vez sí, éste es el momento.

Ahora que lo he vuelto a ver vivo, con más luz, con esa luz realísima incomparablemente más lúcida que la que llaman luz real: con la luz de los sueños y toda la paz —aquella admirable paz— que le dió la cercanía de la muerte. Cuando lo vi, así, realísimamente, en sueños, había vuelto de la muerte y escribía en un huerto. Era la casa de al lado exactamente lo mismo que la de Lázaro el resucitado, aquél a quien él —Alberto—, con palabra de luz atravesada de sombras, evocó invocándolo:

*Recuerdas cuando fue la vida entera
un jirón de tu propio pensamiento:
cuando flotaste a la merced del viento,
libre y llena de sol como bandera?*

*Alma de tiempos idos! Alma mía!
Alma llena de azul, alma serena
del tiempo aquél en que corrió mi pena
tan mansamente como mi alegría!*

Y ya ha habido quien la despierte. Es verdad que las gotas de su sangre fueron cayendo despacio hacia la muerte. Pero, ahora que yo lo vi, él no era un resucitado como Lázaro: venía de la muerte sin haber estado muerto. No, no está muerto. Ya no morirá nunca. Y en la vida en que está, con la luz con que aún lo veo, lo traigo aquí, para que él os hable.

Sí, tal vez éste es el momento. El momento en que yo puedo ya desprenderme de mí y hacer que esto sea lo mejor que de él se diga porque es todo suyo; en que lo que nosotros —tú y yo— ponemos sobre lo que él —Alberto— dice, sea sólo el accidente indispensable para que la sustancia se muestre, pero sostenido él mismo por la sustancia; en que... no, abrir no, señalemos sólo encuadrada en el marco su ventana, la ventana que él nos dejó abierta hacia la eternidad, para que ahora nos asomemos a él; el momento en que él solo nos hable.

3

Ahora voy a empezar a hablar seguido

ALBERTO.

Y ahora sí puedo escribir. Porque ya sé que todo viene de adentro.

Antes no sé si podía, pero ciertamente no quería escribir. Ahora sí, ahora que le he visto a él escribiendo, sí, quisiera escribir para decirme y deciros lo que a él le he visto que escribía.

Cuando lo vi —como os decía antes: en la luz más real, la del sueño—, llevaba en la mano un solo papel que no era como sus grandes cuadernos, era un solo papel en el que cabía todo —todo lo que él no dijo, porque no cabía en lo que en esta vida puede decirse—, y el papel no era grande ni pequeño y no tenía color ninguno, ni era hecho de sol, porque no hay materia con que poder calificar un papel incalificable formado de la misma transfigurada sustancia de su espíritu transfigurado y de su *cuerpo espiritual*, como son los cuerpos glorificados.

Alberto, en aquella vida en que vivía antes, solía aparecernos —siempre a su hora y siempre inopinadamente— llevando a su alma de la mano. Entraba aquí —en la Casa de la Cultura— sorprendido y como en su propia casa. De la misma manera que luego también, cuando ya nos hubiésemos dispersado, a la hora en que yo me lo solía traer conmigo mientras él se iba a su otra casa, había de entrar cada noche en su calle con la sorpresa que la calle le daba de que fuese la suya:

—Pero es ésta mi calle?

Y sí que lo era. Y por eso desde que él pasó por esa calle suya para no volver más...:

Toda la calle llora tu partida.
Ya no tendrá a quien darle cada noche
La sorpresa de ser siempre la misma...
Tal vez distinta siempre,
suya y la misma.

Entraba aquí Alberto con el alma de la mano. La solía traer envuelta, metida en una grande bolsa de papel resistente, para que sólo los que ya sabíamos lo que significaba *Alberto*, la descubriésemos, cuando él entre muchos titubeos, con grandes y sustanciosos preámbulos, al fin acabase por desplegarla a nuestros ojos.

Ahora no, ahora que yo lo vi traía solamente en la mano un papel de sustancia de alma —y ya está calificado lo incalificable—, de tamaño sin espacio y de color sin nombre, un papel hecho de viento, del viento que él ya definitivamente se había ido a ver —*me voy a ver el viento*—, sin olvidarnos de que el Viento en los Libros Santos es el Espíritu y se compara al Amor, y que los ángeles son hechos de ese Viento que se ve, como el papel hecho de ángeles —o de casi ángeles— que traía en la mano Alberto; y en ese papel estaba todo él escribiéndose —inscribiéndose, y estoy por decir suscribiéndose para sobrescribirse—, aunque yo sólo podía leer ese nombre que, al fin es todo un hombre, reducido y elevado, poco menor que los ángeles, a la medida de Dios —Dios sin medida—, y que quiere ser y no puede ser esto que ahora escribo. Ojalá pudiera yo ahora poner aquí lo que él escribía! Tal vez lo suplirán las últimas palabras que le oí. Tal vez no se pueda decir más que lo que él en su último día dijo. Tal vez esas palabras —y por eso las he de ir poniendo aquí— interpreten mejor que nada el nombre que sólo pude yo descifrar en aquel papel de sustancia de alma. Y entonces todo esto que yo añado solamente para decir que no sé decir aquello, será del todo inútil? Sí, pero ya dije que esto sólo quiere ser accidente y marco de ventana —o de cuadro, que siempre es ventana—, su ventana abierta al infinito. Y así, por lo menos, ahora puedo escribir, puedo y quiero escribir.

Antes no.

Al principio, cuando dijeron que se nos fue —yo estaba seguro de que era entonces cuando se nos venía más que nunca— hablé mucho de él, conté muchas veces todo lo que él iba diciendo a medida que aumentaba la velocidad de su viaje —viaje en su propia nave: *mi propia nave de Argos*—, mientras llegaba al término, a ese término, su principio, a donde decían que se nos fue y de donde yo digo que se nos venía: se nos venía yéndose, se nos venía desde adentro a donde llegaba, se nos venía.

Luego me hacía daño volver a contar todo aquello. Era como disipar la luz en él concentrada, era como sacarlo de mí a donde ya había llegado. Me reconcentré para que no se me fuera, para que me doliera sólo dentro, para que no se disipase con las palabras que yo decía de él ni siquiera con las que él había dicho y en las que él estaba todo. Me dolían dentro, al salir, las palabras, y me dolía más y peor, fuera, él, al decirlo así como desde fuera. Y yo quería que me doliese, pero sólo y todo dentro. Para que cuando, como ahora, tuviese que salir, saliera todo él, de dentro, quedándose —quedándose allí, viviéndome y doliéndome—. Y fuera así todo él, todo con él, como él entonces, abismado en sí, casi todo ya en Dios, repetía y repetía

(Palabras de Alberto):

—Ahora voy a empezar a hablar seguido.
Todo viene de adentro.

De adentro. Dentro.

Dejadme ya tranquilo.

Sí. Tranquilo.

Ya. Sin que me interrumpa ni mi propio
desasosiego.

Así: todo en sosiego.

Ahora voy a empezar a hablar seguido:

—*Todo viene de adentro. De adentro.
Y ya está.*

*Mi propia nave de Argos.
Sí, mi propia... de adentro.*

*Levantaos.
Oh coplas levantinas,
Levantaos, oh coplas, levantaos.
Yo tengo ya mi propio levantaos.*

*Y ya está:
desde adentro.
Sí, No... Si-No: mi propio levantaos.
O coplas levantinas...*

Y volvía al tema del SI eterno:

—*Bai: Sí. Jaungoikoa: Dios. Bai: Sí.*

—*Eso es todo, verdad, Padre?*
—*Sí, Alberto, eso es todo.*

—*Un SI... eternamente. Dios SI...
eternamente...*

—*Te amo, Dios mío, porque eres mi Dios. No tengo que decir más,
Padre?*

—*No, Alberto, no hay más: eso es todo.*

—*Dios. Sí. Todo: No hay más.
No hay más que TODO.*

Y en ese *todo*, todo eso y lo que no le entendimos, todo lo que no podemos comprender, todas sus palabras traían aquellas resonancias, oscuras por el deslumbramiento del misterio, aquellas resonancias profundas del borde de la eternidad en que las decía, frente a nuestro tiempo, desde su propia nave, ya inmóvil a nuestra vista, por la máxima velocidad que adquiriría, creciendo aún hacia el infinito. Y él se internaba más, y sin haber llegado aún nos hablaba ya como desde adentro, como desde aquel adentro absoluto.

A ratos era sólo como desde aquel infinito negro en el que solamente sus sentidos entraban:

—*Negro! —Dark? No: Black! Noir. Melas...*

Y como saliendo de ese NEGRO en el que sólo sus sentidos entraban:

—*Il est mort pour notre salut...
pour notre salut!*

Y todavía más y más se internaba. Solamente a los que lo mirábamos desde la orilla nos daba vértigo la serenidad de su entrada. A él no: su paz era total. Y sin haber llegado aún, lo mismo cuando estaba con los ojos cerrados, abismado en sí —en Dios—, que cuando, llamado por nosotros, los abría despertando a este mundo, nos miraba ya todo desde adentro, casi desde la eternidad: —*Dentro! Ya está. En paz. El Sí de un No redondo. Dios, el eternamente SI y dentro. Adentro!*

Desde allí ahora va a empezar a hablar seguido, con una sola palabra, con la PALABRA que ya puede ver y desde adentro.

—Sí, mucho verso cansa...

Pero éste otro cantar: El Cantar Nuevo. La Palabra —el Verbo de Dios— y desde adentro:

4

Todo viene de adentro

ALBERTO.

Este es el dentro que, ahora, sacándome del recuerdo que me abismaba en aquella noche de la más honda soledad, me lleva al otro abismo de soledad reducida, en que él —la menor parte de él, pero él al fin— era quien quedaba solo.

SOLO!

Iba bajando solo.

No rodaban
Las barras de metal, ni las poleas
Lo sostenían en sus bandas, como
Para que no chocase fuerte en tierra.

Solo:

Iba bajando solo al hoyo. Solo
Al hoyo, no insondable,
 sí negro, inmenso, sí infinito,
Pero que lo sondaba con los ojos
La Fe que su negrura traspasaba
Y penetraba en su infinito blanco.

Era de luz la tierra con la tarde:

—Toma esta luz.

 Y te la eché el primero,
Bendita con el agua de mi sangre,
Poeta al fin y en luz.

 Y Sacerdote:
Bendita con el agua del rito en el misterio.

 —Dale, Señor, el eterno descanso
 Y luzca para él la Luz perpetua.

—Rece por mí,

 decías frente al velo

 Blanco en que se cubría

 El que ahora se descubre a tu mirada,

—Rece por mí, decías,

Como poeta y como Sacerdote:

—Toma este amor en luz de aquella tierra
Que yo bendije para ti en el nombre
De un solo ser en tres modos distintos:
Hombre —amigo!— Poeta y Sacerdote;
Que yo bendije para ti en el nombre
De una Luz esencial, indivisible
Y en tres luces distintas no diversa:

—En el Nombre del Padre
Y del Hijo
Y del Espíritu Santo.

—Toma el amor en luz de aquella tierra
Que a tu tierra sin luz ya —y tan querida—
Eché con mi primera paletada.

Iba bajando solo
—Como un mar en su propio mar hundido,
Tierra en su propia tierra—
Iba bajando solo.

Y al fin quedó en el negro
—*Dark? No, black, negro, sí. noir, nigro, niger,*
Melas, melaina melan...—
Y al fin quedó en el negro de aquel hueco
Parado en infinto.

Y repetía
Con su sonrisa transparente —alba en lo eterno—
Y su silencio impenetrable:

Todo
Viene de adentro. Viene. Desde adentro.
Yo tengo aquí mi propio desde adentro.

Pero aún no había entrado todo: estaba
Ya en la tierra parado.
Y era ya de la tierra en la que entraba
Para el definitivo salto al cielo.

Y entró, en su nueva nave,
Para el día de gala del mar, llena de flores
Vivas y gallardetes invisibles:
Entró como una nave en su mar nuevo
Y se quedó perfectamente solo.
Tú crees que está allí, pero navega
Su propia Nave de Argos.

Rodó bajo la bóveda aún abierta.
Sobre ella estaba el cielo, abierto al mundo.
Bajo ella quedaba él
—la parte de él que es tierra
En espera de ser cielo del cielo—.

Más allá? Y repetía:

—*Mi propio levantaos.*
Oh coplas —cosas?— levantinas:
Yo tengo aquí mi propio levantaos.

Más allá? Cuando ya no lo veía
La mirada insistente, en los oídos
Resonaban sus íntimas palabras:
—*Desde adentro.*

No era eso lo que todos en la densa
Claridad de la sombra de aquel hoyo
—Con la luz de su nombre, luz de Alberto—
Oímos bien?

Tú estabas a mi lado,
Serafín, tú, Ricardo, en frente. Mudos
Todos. La tierra enteramente sola.
Repetía la luz nuestras miradas
Y el aire, también mudo, su silencio.
Todos sus últimas palabras:

—Desde adentro.
Ya está. En paz. En luz todo.
Todo viene de adentro. Desde adentro.

Y así seguirá todo. Oh qué de cosas
Pueden pasar y el mundo sigue siempre
Como si nada!

Siempre el mundo sigue:

Pasará una pareja
Por el sendero, al lado, como siempre
Sola, inventando el mundo.
Tú seguirás diciendo:

—Desde adentro:
Todo viene de adentro . . . —
desde adentro.

—“Quién dirá que la muerte me interrumpe
lo que amo?”

--“La muerte no interrumpe nada!”

—“Ved, ya de nuevo siembran el
trigo ayer segado.”

5

*en la infinita soledad duerme la vida
entre las márgenes oscuras de la muerte*

Alberto.

En soledad extrema.

Así me llegan los recuerdos: corazones sueltos, qué pueden saber ellos del orden de los hombres? Corazones sin tiempo —de todo tiempo—, eternos corazones sin memoria, recuerdos: qué pueden saber ellos de cronologías?

Antes de que muriese ya lo he llevado al cementerio. Así nos llevó él tanto durante su vida. Casi le obsesionaba la morada de su descanso. Y le gustaba el nombre hasta por su etimología cristiana: sitio de los que duermen. Y repetía el dulce aviso de San Pablo, de donde tal vez vino el nombre de cementerio: —*No quiero que estéis ignorantes acerca de los que duermen*. La morada del sueño, de la que despertar es nuestro nacimiento.

Allí nos vimos ahora hace algo más de un año. Allí le recordé —y él se medio-sonrió entre aquellas presencias con sabor de muerte—:

*Le tombeau confident de mon rêve infini
—Car le tombeau toujours comprendra le poète...*

Y mejor aún lo suyo:

*Y llegará la hora del soberano olvido;
y entonces, cara al cielo, me quedaré dormido
al ritmo de tu pecho, como al vaivén del mar...*

...
"En el silencio de la hora meridiana
junto a la lánguida humildad del cementerio
como paloma que dejó su cautiverio
vuela a los cielos la oración de la campana..."

...
La vida duerme. Se oyen lentos sus latidos.
Una quietud más honda en el mutismo vierte...
... en la infinita soledad duerme la vida
entre las márgenes oscuras de la muerte."

Eso lo sentimos después. En el momento mismo sólo sentimos lo que hay de muerte en esa profunda soledad en que nos deja la muerte, la muerte de aquéllos en los que, en realidad, somos nosotros los que morimos.

Eso lo sentimos después. Entonces...

En soledad extrema.

La noche en que se fue —en que lo dejamos—, en que lo dejamos que se nos viniese, me vine más solo que nunca a mi cuarto. Y me hallé en el cuarto tan solo, como si él, durante siglos, lo hubiera estado habitando y ahora lo deshabitase.

El no estuvo nunca corporalmente en mi cuarto. Mi cuarto está en lo alto. El no podía subir escaleras materiales. Su escala única era la de Jacob, por la que, de Dios a la tierra, de la tierra a Dios, solamente suben y bajan los ángeles, mientras al pie el hombre sueña. Todas sus escalas eran de ensueño, hechas de espíritu, del viento que ya había visto, como el papel que traía anoche en la mano: las escalas más reales. Aquella envoltura, tan levemente corporal, le caía en peso tan gravemente sobre su corazón, que no podía subir escaleras materiales.

Y así no pudo estar nunca corporalmente en mi cuarto. Pero vivimos siempre cerca. Aun antes de que nos conociéramos en nuestros cuerpos. Será verdad que aun antes? Será verdad que no nos conocíamos ya antes? Lo cierto es que yo tenía en mí su imagen corporal desde muchísimo antes que mis ojos corporales la vieran. Y de él sé que dijo después de la primera vez que nos encontramos, que yo era exacto a como él me había visto antes de que nos viésemos. Lo cierto es que aquel conocernos no fue sino reconocernos. Y precisamente por eso re-velarnos. Y precisamente por esto era, en el re-vernos, re-crearnos.

Por eso vivíamos tan cerca. Y quizá porque vivíamos tan cerca, sucedió esto que digo. Y por las dos cosas, que son una —una que tiene su nombre, como él tiene ya su nombre y yo voy tras el mío—, no hacía falta que él hubiese estado nunca corporalmente en mi cuarto, para que yo lo sintiese éste tan vacío, al entrar en él la noche de su tránsito.

Yo me venía antes siempre con Alberto, cuando lo dejaba. Pero esta noche me venía solo. Tenía que esperar a que él viniese. Ha tardado en venir. Pero al fin ha venido.

Ayer mismo me decía yo:

Después de todo, no, no me acostumbro.
Yo te quiero de carne ante mis ojos
—Entre mis brazos, todo alma tu cuerpo
Tan levemente corporal, entre mis brazos,
Como después de un viaje...—.
Y tu sombra de luz no me congrega.
Y es mi dolor tu nacimiento extremo:
Mi egoísta dolor que aún no te trae
—Lejos, desde tan cerca—,
Dolor de tu alegría:

Tú en luz total y aún sombra de mis ojos,
Ojos de carne que te necesitan,
Aun para verte, con el alma, dentro.
Después de todo, no, no me acostumbro
Y te quiero de carne ante mis ojos.

Mientras vivía, me era fácil prescindir de su vista en el cuerpo, para traerlo consigo al cuarto, en el alma. Me bastaba pensar: —*Allí está él, él todo.* Y se venía conmigo.

Entraba en el cuarto con él. El se había quedado un poco atrás. Le mandaba que se sentase en la silla menos incómoda, o en una perezosa que antes desocupaba yo de muchos libros, ropa, papeles, pero que él siempre rehusó, mirando a los lados, como si se fuese a volver o volviéndose, indeciso, y resolviéndose al fin por tomar un sitio cualquiera, que sin embargo siempre era el sitio de Alberto.

Pasaba largos ratos con él. Seguíamos la conversación que habían interrumpido las despedidas o la conversación nunca comenzada en firme. Le resolvía las dificultades que habían quedado pendientes, dejando siempre algún resquicio en la solución, por donde al fin se escapase. A veces quedaba totalmente tranquilo. Le tranquilizaba a veces mi misma inquietud. Como aquélla expresada en versos intranquilamente tranquilizadores:

De cinco a cinco y media de la tarde...
Esta es mi hora inquieta, aquietadora...

que tanto le gustaba y tanta paz le daba. En estas ocasiones, a mí me hacía mucho bien su tranquila paz, aunque yo bien sabía que sólo era un pequeño preludio de la que al fin había de tener, que tardaría en ser definitiva, que pronto volvería a su inquietud, aquella inquietud que, después de todo, era su vida.

Le leía muchas cosas: todas las que yo sabía que se conformaban con esa inquietud, excitándola, para que se sosegase, y las que directamente se la sosegaban, para que luego volviese más viva, pero siempre más serena, más iluminada. Un día se iluminó todo cuando le dije, como final de una larga plática alternada: "Savoir qu'on vient de Dieu est une pensée qui rend pures toutes les impuretés et simplifie tous les problèmes."

Le entendía y me entendía. Sólo podían no enterderle los que nunca han sentido, desde una roca agria, agria como la vida, lo que es esa inquietud aquietadora del mar:

Junto a la mar inquieta aquietadora...

Y sobre todo los que no han sentido —no han dejado que se sienta en ellos— que *Dios es un huésped terrible que no os ha de dejar un momento en reposo*, que entrar en los caminos de Dios es llegar a la vida, pero a la vida —aquí— del hombre, y no hay hombre cuando su vida no es milicia y guerra.

El también me leía muchas cosas. Todas aquéllas que, leyéndolas él para sí, las leía diciéndose:

—Se las tengo que leer al Padre.

Y todo esto yo en mi cuarto del Seminario a donde él no podía subir y él en su cuarto del Pasaje Guirola 1, casa N° 5, a donde yo no podía ir tantas veces como lo hubiera deseado.

Y por todo esto me sentí tan solo en este cuarto aquella noche —casi ya mañana— en que no sé cómo lo dejamos que se nos fuese.

Sí, que se nos viniese. Pero yo me sentía más solo que nunca.

Mi dolor era único. Solo y desolado. Allí quedaban, cerca de lo que fue él, tantos dolores reunidos por él que ya no era. Margot, que tendrá ya que ser el centro de reunión del dolor de todos, María Teresa, Dora, las dos pequeñas, que tendrán ya la vida para siempre como empezada en esa noche, su hermano, su tía que fue como madre, todos los demás familiares, sus amigos, especialmente los que además de amigos eran sus cofrades del ensueño... Todos, allí quedaban ellos —todos esos dolores— acercados y reunidos por un solo dolor, el de la muerte en aquel cuerpo presente.

El mío, aquí, sin él, sin ellos, se vino solo, el más solo.

La casa era grande y todavía crecía y se me agrandaba hasta el infinito: era como un mundo inmenso que todavía se hacía cada vez mayor, para que, como en aquel inmenso vacío, pudiese en ella caber mi soledad, que también y siempre un poco más que el vacío crecía y se agrandaba. Y eran como dos casas grandes, la casa y mi soledad, que se juntaban en una, en esta casa material inmensa que yo no podía llenar con nada. Todos dormían y mi cuarto era el centro de la soledad infinita.

Me senté en la cama, así, desolado. Me agarré, así, sentado, con las dos manos la cabeza. Me hubiera agarrado, si se pudiese, el corazón del mismo modo. Y batallé conmigo para no pensar. Y recordé punto por punto el día, recorrí uno por uno, acariciándolos y atormentándolos, todos los segundos de cada una de las horas...

... desde que me dieron el aviso... desde que dejé tirada aquí, en esta misma cama, mi enfermedad y yo me fui a sentir la suya. A morir con él, que ya no ha de morir nunca. Desde ese punto hasta ahora que lo dejé, ya sin enfermedad, sin alma el cuerpo tibio en la ambulancia que lo habrá llevado al otro cuarto, a aquel cuarto donde tantas veces estuvimos juntos, donde él vivía conmigo, como yo aquí con él, aun cuando los cuerpos estuviesen uno en cada uno, él allí en el cuarto a donde lo habrán llevado ahora —su cuarto—, yo aquí en este cuarto —mi cuarto— de una casa ahora infinita, donde me hallo sentado en la cama, solo, completamente solo y desolado.

Quisiera echarme a... no pensar, a querer no vivir... Y seguí pensando y viviendo. Viviendo solo! Desgarrado! Y empapado en ese seco llorar sin sollozos, en el que sólo uno, uno mismo se entera de que llora.

—Mañana, me decía, un mañana que ya es hoy, diré Misa en el otro cuarto, en el suyo. *Misa de alma presente*. No será la última a la que su alma asista: las oirá todas juntas desde Dios. Pero su cuerpo sí, será esa mía la última Misa a la que asista: Misa de cuerpo presente.

Viviendo mi soledad, seguía pensando, pensando que debía escribir, que mi soledad y con ella el dolor mío solitario y el dolor reunido de todos se rompería un poco y por la resquebrajadura podría entrar algo, algo de él que llenase nuestro vacío. Pero era cobardía querer romper la soledad y me enfrentaba con ella, porque no sé por qué, tal vez porque amaba aquel dolor que al fin era él o algo de él, porque amaba entrañablemente aquel deshacerse de mis entrañas ante la disolución ya lentamente comenzada de su cuerpo: porque amaba, dolorosísimamente amaba aquella íntima presencia de su mismo vacío absoluto que tanto me dolía.

Las palabras que hubiese escrito me hubiesen sido de algún consuelo y yo quería el dolor solo, íntimo, entrañable con que lo sentía más a él, como era, como ya no será, todo él con su muerte, que también él alimentó en sí, *como el fruto el hueso*, la semilla del árbol que ya es, todo él con su muerte, con su separación, con mi desgarramiento, sí, sí, con la atroz certidumbre de no volverle a ver más aquí vivo en su cuerpo de muerte, doliéndome sin consuelo.

No sé, no sé cómo son estas cosas. Lo quería así todo, doliéndome sin consuelo, y como por debajo de mí era un consuelo ese mismo dolor, por la satisfacción de que así lo tenía más que nunca; y por encima de ese dolor mismo que me consolaba doliéndome, todavía era un consuelo mayor —también doliente, también desgarrador, también agónico con la última agonía de él— el saber más que sentir que de ese mismo dolor venía la total esperanza, la esperanza de que más que nunca, más que con la misma posesión que da el dolor, lo había de tener en el gozo como infinito de verlo otra vez, de verlo como es en *El que es*, de verlo llenar para siempre su nombre, con su cuerpo, su alma, su nombre para siempre suyo: con su nombre Alberto y con su apellido *Cristiano*, no apellido de guerra, sino de paz que llama a la paz, Cristiano, hombre de Cristo para siempre, revelado en *El* y revelando él —manifestando— en su propia revelación de hijo de Dios, el misterio de todas las cosas que dejan de ser espejos y enigmas, para ser luz del Ser —de su propio ser y del que se lo ha dado—, el misterio de todas las criaturas, de este mundo dual, contradictorio y trágico, que aquí tanto le había atormentado e iluminado.

No sé cómo son estas cosas. Pero eso era aquel gozarme en mi dolor, consolarme en mi desconsuelo, para quedar, entonces, al fin, sin consuelo ni gozo. Porque como el mismo dolor era su presencia actual, su presencia de muerte, era desconsuelo y dolor el que aquello sirviera de consuelo. Ya digo que no sé cómo son estas cosas. Lo que sí sé es que por nada del mundo hubiera querido turbar aquella ausencia que me producía el desgarramiento ni aquella presencia tan unidora en su dolor. Escribir entonces me hubiera parecido una profanación. Sólo me quedaba aquello que no quería y que no podía menos de querer: pensar, sufrir, vivir pensando y sufriendo, pues eso era lo único que me podía hacer estar con él.

Y así pensaba y sufría y vivía. Por la ventana abierta entraba toda la noche que había ya pasado de su medio silencio. Me levanté y me fui a la ventana. Frente a la noche mi noche era total. Todo callaba fuera el grito de dentro. Entonces no me acordaba ni quería acordarme de nada que me diera consuelo. Ahora ya sí, ahora, todavía a la orilla oscura de la muerte en que está su muerte, me consuelo con llenar esa infinita soledad repitiendo el verso suyo:

En la infinita soledad duerme la vida.

Y diciendo estos míos que entonces sentí, pero no dije:

Me asomé a la noche entera.
Nunca la encontré más sola
Ni más noche. Todo como
Quien a la muerte se asoma.
Todo lo de fuera, dentro
Con la densidad más honda,
Salía de mí como una
Respiración de la sombra.

Y en la voz con que él callaba
Se oía la noche toda.
Nunca la sentí más noche,
Nunca la encontré más sola.
Sabía a amargor de olvido
Su presencia en la memoria:

El, solo, tan cerca, lejos,
Amortajado en su sombra,
Y yo, en el recuerdo, vivo,
Sobre la esperanza rota;
Sólo esperando otra noche
Donde lo encuentre a la aurora:

Donde la vida se entregue,
Donde el misterio se rompa,

Donde no sean espejos
Sino luz del Ser las cosas...
Donde la Cara de Dios
No mire desde esta sombra.

(Estas líneas de puntos tienen su propia significación *suspensiva*. Entre este párrafo y el que sigue hay un espacio aún en blanco, pero ya lleno con la esperanza de todo lo que he de seguir diciendo de Alberto.)

Y Dios le llama Alberto

Y después de todo lo que no he dicho, y de todo lo que sé que no he de saber decir en todo lo que, sin embargo, he de seguir diciendo, éste es el nombre que me lo dice todo: Alberto.

Es como cuando yo le decía medio-bromeando, para que él se medio-sonriese:

Alberto Guerra Trigueros,
Con una espada en el alma,
Lleva la muerte en el pecho
Y sólo siente la espada.

Ahora ya, triste con su recuerdo, seguiría:

Ya sólo su muerte siento.
Pero en la noche que pasa,
Como una fruta en el hueso,
Miro su árbol en el alba.

Siento el dolor como un cuerpo
Que no halla reposo en nada:
Desesperado tormento
Que en no terminar acaba

Y al fin, más alegre con su ya presencia viva, sabiendo que Dios le llama Alberto, acabaría diciendo:

Cuando bajó subía.
Y éste es su nombre: Todo
Para siempre en la luz, se llama Alberto:
Cristiano, hombre de Cristo,
Para siempre en su luz, se llama Alberto:

Ya sé su nombre como Dios lo llama!

No conquistó su paz —su luz— hasta que venció
el día. Pero
Ya está en él todo. Ya, vencedor conquistado,
Con su apariencia de insignificancia,
Todo el sentido, corazón del mundo
Que al fin domina, en muerte,
Como semilla de la vida, el fruto;
Para el gozo anhelado de su paz en el gozo,
De nuestro aliento y de nuestra esperanza,
Ya está como un volcán puesto en el día:

—Sin noche, con estrellas,
Sin temblor de explosiones,
Apuntando a la luz que lo ilumina—

Permanencia de paz en su luz plena

—Siempre de frente al cielo,
Sin albas, sin ocasos
sin escalas—

Ya está como un volcán subido al Día.

—Sí, esto se llama Alberto:
Ya sé su nombre como Dios lo llama!

F i n

Todo fin es principio.

Y éste el nombre que lo dice todo. Y que aunque yo no lo haya sabido ni lo sepa sepetir, siento que por dentro me suena con el eco lejano de la voz —sin voz— con que lo llamó Dios desde antes que fuese. Y por eso y porque ya lo oigo así...:

Yo sé su nombre como Dios lo llama.

Y porque como todo lo que él hizo y todo lo que él hace se llama así —tiene luz de su nombre—, he querido que también esto se llame Alberto...

Y esto se llama ALBERTO.

A. M. D. G.